RICARDO BLASCO ✠ EMILIO MARIO

Entre dos fuegos

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

TEATRO LARA, 6 de Diciembre de 1909



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909



ENTRE DOS FUEGOS

ENTRE DOS FUEGOS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

adaptación de «Le Pretéxte»

ORIGINAL DE

M. DANIEL RICHE

POR

RICARDO BLASCO y EMILIO MARIO

Estrenada en el TEATRO LARA el 6 de Diciembre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP

Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PRUDENCIA	Matilde Rodríguez.
AMELIA	Concepción Ruiz.
DOÑA MATILDE	Asunción Echevarría.
MARTINA	Carmen Seco.
DON LEÓN	José Rubio.
FEDERICO	Ricardo Puga.
HERACLIO	Ricardo Simó-Raso.

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Jardín de un hotel. El edificio se supone á la derecha. Gran macizo de flores y arbustos en el fondo. Mecedoras, sillas, butacas y velador de mimbre; sobre éste periódicos y libros. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MATILDE, FEDERICO

MAT. (Yendo al encuentro de Federico que llega por la derecha.) He oído el timbre y sabía que eras tú.

FED. (Besándola en la frente.) ¿Por qué?

MAT. Porque el cronómetro marca «Amor» es el más exacto de todos los conocidos.

FED. ¿Por aquí sin novedad?

MAT. Ninguna.

FED. ¿Vendrán don León y Amelia?

MAT. Creo que sí. Y como según la última sentencia judicial á las siete en punto debe la madre hacerse cargo de la hija, he invitado á las dos á comer para que estés junto á tu adorado tormento el mayor tiempo posible.

FED. (Abrazándola.) Eres la mejor de las tías.

MAT. Por lo menos trato de serlo, aunque no estoy muy segura de, si al proceder así, trabajo por tu felicidad.

FED. Sin duda.

MAT. No me refiero á Amelia, que se merece todo, sino á sus padres. Un matrimonio sepa-

rado por incompatibilidad de carecteres y en continua lucha á causa de la hija, que debiera haber sido lazo de unión y es manzana de discordia.

FED. Cuando se case conmigo, ya veremos.

MAT. Difícil tarea será romper el influjo de unos suegros que han hecho la fortuna de innumerables abogados y procuradores para asegurar—tal era el pretexto—el porvenir de su hija.

FED. (Mirando su reloj.) Lo importante es que se retrasan. Van á dar las cuatro.

MAT. ¡Las cuatro ya! No creía que fuese tan tarde.

ESCENA II

DICHOS. AMELIA y DON LEÓN

LEÓN (Con Amelia por la derecha.) Felices. (Estrechando la mano de doña Matilde.) No hay que preguntar cómo está usted. (Saluda también afectuosamente á Federico.)

MAT. Bien, gracias. (Besando á Amelia.) Y tú cada vez más bonita. Se te deja de ver unos días y apareces con nuevos encantos. (A don León.) ¡Qué hermosa flor promete este lindo capullo!

AME. Los ojos conque usted me mira.

LEÓN La verdad es que, sin pasión de padre, es preciosa y una santa además.

FED. Siguen las firmas.

AME. ¡Jesús! ¡qué chaparrón de elogios!

LEÓN No ha sacado nada de su madre, afortunadamente.

AME. (Suplicante.) ¡Papá!

LEÓN Sí, sí. Punto en boca.

MAT. ¿Y cómo se han retrasado ustedes?

LEÓN ¡Demonio! y me ha dejado ésta sin postre por venir antes.

MAT. Van á dar las cuatro.

LEÓN ¡Cá! (Mirando su reloj.)

AME. Entonces mi reloj adelanta mucho. Tengo que llevarle á que lo observen.

MAT. (A Federico, sonriendo.) Lleva el tuyo también.

LEÓN (Cómicamente.) ¡Qué mundo, qué mundo éste! Sacrifíquese usted por los hijos para que luego... Me la dejan cada ocho días horas contadas y me las escamotea en provecho de un Cupidón.

FED. ¿Cupidón ha dicho usted?

LEÓN Si le suena á usted mejor Adonis me es indiferente.

MAT. Esa es la vida, querido amigo, y hay que aceptarla y conformarse. La juventud marcha resuelta hacia el porvenir y el porvenir para Amelia es mi sobrino.

AME. Que conocí gracias á mi idolatrado padre, á quien deberé la felicidad que espero. (Acariciandole.)

LEÓN ¡Zalamera! ¡Como me dora la píldora! Tampoco en esto se parece á mi cara mitad. Esta las dora y aquella las empavonaba.

AME. (Suplicante.) ¡Papá!

LEÓN Sí, sí; punto en boca.

AME. ¡Ah! ¿No saben ustedes que mamá y yo vivimos de milagro?

MAT. (Asombrada.) ¿Qué?

FED. (Asombrado.) ¿Cómo?

AME. El lunes se nos desbocaron los caballos del coche.

MAT. ¡Dios mío! (Federico se acerca escuchando con el más vivo interés.)

LEÓN Naturalmente; los animales comprenderían por instinto que arrastraban una loca (A Amelia.) no lo digo por tí...

AME. (Suplicante.) Callarás... Quién sabe lo que hubiera sucedido á no ser por un transeunte que los detuvo con riesgo de su vida.

LEÓN Un héroe... sencillamente un héroe al que estoy deseando conocer para estrecharle entre mis brazos á pesar de que...

AME. (Como antes.) ¡Papá!

LEÓN No; ahora has interpretado mal mi pensamiento; iba á decir á pesar de que me ha impedido el quedarme viudo.

AME. ¡Eres imposible! (Doña Matilde y Federico sonrien.)

LEÓN En fin, pasemos á otra cosa. Vamos á ver, Federico; ¿trae usted organizado su plan de ataque?

FED. Sí.

LEÓN ¿Cuál es?

FED. Ninguno. Hacer la petición, ni más ni menos.

LEÓN Usted no conoce el paño, querido. Va usted á habérselas con una mujer excepcional, anormal, única, á la que no pude sufrir ni aun con mi paciencia de mártir legendario.

MAT. Siempre venimos á parar al mismo tema.

AME. Tiene usted razón, y concluirá Federico por amedrentarse, sin motivo, porque encontrará una madre cariñosa y complaciente; respondo.

LEÓN Tú sí, pero como la que ha de responder es ella...

FED. La verdad es que no veo causa de temor alguna. Conoce mis antecedentes de familia; mi posición es independiente; adoro á Amelia y soy correspondido. (A Amelia.) ¿No?

AME. (Ruborosa.) Creo que sí.

FED. Cuento, además, con el consentimiento de usted.

LEÓN ¡Alto, que no huela siquiera mi ex-esposa que usted me conoce!

MAT. Es lo más prudente.

LEÓN Es indispensable; saberlo y despedirle á usted con cajas destempladas, sería instantáneo.

AME. Ea, se han propuesto ustedes atormentarme... Mamá es muy buena.

MAT. Eso por sabido se calla. Pero dejemos ya esta conversación enojosa, y vé á cogerme flores para la mesa, anda.

FED. Yo la ayudaré, si ustedes me lo permiten.

LEÓN Sí, sí. Id donde querais con libertad completa. Tu padre no está por la educación mojigata á base de hipocresía. Que las jovenes disfruten honestamente preparándose para ser mañana mujeres expertas y soportables. (Federico y Amelia vanse por la izquierda.)

ESCENA III

DOÑA MATILDE, DON LEÓN, MARTINA

MAT. (Mirando un momento hacia la izquierda y sentándose después.) ¡Qué pareja tan encantadora!

LEÓN (Nervioso, revolviendo los objetos que habrá sobre la mesa y estrujando los periódicos.) ¡Mucho! Me recuerda mis buenos tiempos... cuando también cogíamos flores aquella... y yo... Después, á los seis meses de matrimonio, la servidumbre recogía los trozos de tres vajillas que hicimos añicos.

MAR. (Por la derecha con una tarjeta en bandeja.) Este caballero desea ver á la señora. (Don León coge maquinalmente la tarjeta y la rompe.)

LEÓN (Confuso y reuniendo los pedazos.) Perdone usted; no me he dado cuenta.

MAT. (Leyendo.) «Heraclio Fernández, Amparo 10, cuarto.» (Hablado.) No le conozco.

LEÓN Ni yo.

MAR. Ni yo.

MAT. Hazle entrar. (Vase Martina.)

LEÓN Voy á ver cómo llevan su tarea los enamorados.

MAT. No; quédese usted; se lo ruego. Viéndome acompañada la visita será más corta.

MAR. Por aquí. (Deja pasar á Heraclio, y vase.)

ESCENA IV

DOÑA MATILDE, DON LEÓN y HERACLIO

HER. (Muy tímido. Viste traje oscuro, algo usado pero estremadamente limpio. Saluda en voz muy baja.) Señora... Caballero...

MAT. ¿Don Heraclio Fernández?

HER. Servidor de ustedes... (Mira en derredor.) Dispense usted mi cortedad, mi confusión. (Doña Matilde y don León miran también en derredor.)

MAT. (Señalando á don León.) La presencia de este caballero, que es un amigo íntimo, no debe preocupar á usted; dígame francamente el objeto de su visita.

HER. Visita que parecerá á usted un poco extraña... pero contaba con encontrar aquí á doña Prudencia Burgos.

LEÓN (Movimiento de sobresalto. Aparte.) ¡Es mi sombra!

MAT. ¡Ah! ¿Viene usted buscando?...

HER. Me citó aquí á las tres y son... (Tirando de la cadena del reloj á cuyo extremo va sujeto un llavero y guardándoselo precipitadamente.) y acaban de dar...

LEÓN (Exaltado.) Puede que le tome á usted la casa para despacho de sus asuntos.

MAT. (Calmándole.) ¡Qué idea! (A Heraclio.) Espero á esa señora, sí; pero tardará aún. Acaso querrá presentármelo á usted.

HER. Probablemente, porque me ha dicho que tenía usted la amabilidad de invitarme hoy á su mesa.

MAT. (Asombrada.) ¡Cómo!

LEÓN ¡Qué frescura!

HER. Comprenda usted mi cortedad... mi confusión...

MAT. En efecto... nada me ha advertido... es tan olvidadiza... pero confianza tiene para eso y para cuanto quiera.

LEÓN ¿Usted será algún pariente suyo... lejano?

HER. No, nada de eso. Yo soy el salvador.

MAT. ¡El salvador!

HER. Sí; ya sabrán ustedes...

LEÓN (Mirándole fijamente.) Yo sé que hubo un Salvador, el Salvador del mundo, pero no creo...

HER. (Bajando los ojos con modestia.) No tanto. El que salvó hace días del accidente...

LEÓN ¡Usted!

MAT. (Tendiendo la mano á Heraclio.) ¡Ah, caballero!

LEÓN (Estrechando cariñosamente la otra mano de Heraclio.) ¡Debo á usted la vida de mi hija! ¡Gracias, muchas gracias!

LEÓN / MAT. ¡Pero siéntese usted! (Acercándole cada uno una silla.)

LEÓN Repito.

HER. (Sentándose.) Cualquiera, en mi caso, hubiera hecho igual.

MAT. No sea usted modesto. ¿Y cómo fué?

HER. Pues si quieren ustedes que les diga la verdad, no me dí cuenta. Yo oí que las señoras iban desbocadas y ví que los caballos daban gritos, es decir, al revés; oí que los caballos decían... Tampoco...

LEÓN Comprendido, comprendido.

HER. En aquel momento cruzaba la calle; tuve un instante de indecisión, se me echaron encima los caballos, abrí el paraguas para defenderme...

MAT. ¿Para defenderse?

HER. Inconscientemente—por cierto que me lo hicieron polvo—pero sin duda sorprendidos se pararon en seco.

LEÓN (Estrechándole las manos.) Gracias, muchas gracias. Nunca olvidaré...

MAT. Y le agradecemos que nos haya proporcionado la vivísima satisfacción de venir á esta su casa, dejando, quizá, otras ocupaciones..

HER. Menos agradables aunque más perentorias; sí que he estropeado la tarde, porque cuando salgo de la oficina, á las dos, despacho el cocido en un verbo y me lanzo por esos mundos á pescar una peseta... pero doña Prudencia tenía tanto empeño en que viniese...

MAT. Ha hecho muy bien.

HER. ¡Oh! Es una señora tan cariñosa, tan bondadosa... tan...

LEÓN La conoce usted hace poco, ¿eh?

HER. Tres días... aunque valen por un siglo. Me lleva á comer aquí, á almorzar allá, á desayunarme en otro sitio... me ha presentado á todas sus relaciones... en fin, no he puesto los pies en la oficina. Ignoro lo que se propone; pero el caso es que no hay manera de resistirse.

LEÓN Tiene usted razón; es irresistible.

MAT. ¿Quiere usted tomar algo, un refresco?...

HER. Mil gracias; entre comidas ni gloria.

MAT. Entonces...

HER. Además, puesto que doña Prudencia se retrasa, con su permiso voy á llegarme aquí cerca, á un asunto, y volveré. Así mato dos pájaros de un tiro.

MAT. Es usted muy dueño. (Le da la mano.)

LEÓN (Dándole la mano también.) Hemos tenido mucho gusto...

HER. (A doña Matilde.) ¡Ah! ¿En lo de la comida no hay inconveniente?

MAT. Ninguno. Honrará usted mi mesa.

HER. El honrado seré yo. Lo pregunto, ¿sabe usted? por si acaso me convidan en otra parte... A veces...

MAT. Nada, nada. Hasta luego.

HER. (A doña Matilde.) A los pies de usted. (A don León.) Beso su mano. (Vase por la derecha.)

MAT. (Aproximándose á la derecha para despedirle y después que ha desaparecido.) A la derecha.

ESCENA V

DOÑA MATILDE y DON LEÓN

LEÓN ¿Sabe usted cuál es el colmo de una mujer inaguantable?

MAT. ¿También usted se dedica á hacer chistes?

LEÓN ¿Pero no ha oído usted que va á venir en seguida?

MAT. Ni se habrá vuelto á acordar de que ha citado á ese hombre.

LEÓN Me la sé de memoria. Ella ha dicho: ese va allí con Amelia; pues presentándome yo le birlo cuatro horas.

MAT. ¡Suspicaz!

LEÓN Estoy por traer un Notario y levantar acta.

MAT. ¡Por Dios! Tenga usted en cuenta que hoy precisamente...

LEÓN Sí, sí, pero yo soy el pagano.

MAT. ¡Ea! (Con naturalidad.) Vaya usted á paseo.

LEÓN Está bien, doña Matilde; es lo que me faltaba, que usted me despidiese.

MAT. ¡En qué cabeza cabe! Me he expresado mal. Vaya usted á dar un paseo. Cuando Pru-

dencia venga, la convenceré de que hasta las siete no es su hora y...

LEÓN De todos modos, yéndome, pierdo de estar con mi hija parte del tiempo á que tengo derecho por sentencia firme, ¡y muy firme! Nada, me llevo á Amelia y hasta las siete en punto ¡que se aguante!

MAT. No exageremos las cosas.

LEÓN (Furioso.) De modo que he de ser yo quien ceda..

MAT. Hágalo usted por su hija.

LEÓN (Entregándose.) ¡El talismán! Es usted un dechado de virtudes y de talento. En cambio esa arpía... ¡Mañana la demando! (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

DOÑA MATILDE, MARTINA. Después FEDERICO y AMELIA

MAT. (Acercándose á la derecha y llamando.) ¡Martina!

MAR. (Por la derecha.) Señora.

MAT. Cuando llegue la señorita Prudencia la pasa usted á mi gabinete y me avisa.

MAR. Está bien. (Vase.)

MAT. No haga el demonio que se encuentren.

AME. (Por la izquierda con Federico. Los dos traen flores.) ¿Y mi padre?

MAT. Se acaba de marchar.

FED. Veníamos á darle cuenta de nuestros proyectos.

MAT. Volverá pronto... pero hemos sabido que va á venir tu madre ahora y...

AME. (Con tristeza.) ¡Ya! Lo de siempre. La satisfacción de estar junto al uno se amarga con tener lejos al otro.

MAT. ¡Pobre!

AME. Ya ves, Federico, lo que nos espera, si al fin nos casamos.

FED. Tenlo por seguro.

AME. Pero nosotros no nos separaremos, (Cariñosa.) ¿verdad? (Hace un ramo.)

FED. Ni pensarlo siquiera. Seré modelo de maridos.

MAT. Vaya, vaya; desechad negras ideas y á disfrutar de la vida.

AME. Dispense usted que les entristezca. La separación de mis padres ha marchitado mi juventud y me ha hecho sufrir de tal modo... Educada en un Colegio que los tribunales señalaron, veía á mi padre y á mi madre en fechas fijas, contadas, compartiendo su amor, sus caricias... Por eso mi alma sueña con un hogar dulce, tranquilo, que la consuele.

ESCENA VII

DICHOS y PRUDENCIA

PRUD. (Por la derecha, al paño.) Donde esté, donde esté... ¿para qué avisarla?

AME. ¡Mamá! (Corre á su encuentro.)

MAT. (Pasando al lado de Federico, y aparte á éste.) No olvides tu papel.

PRUD. (Entrando precipitadamente.) Buenas tardes. ¡Uf, qué calor! (Besando á doña Matilde con efusión.) Otro. (Besándola nuevamente.) Me parece como si hiciera un siglo que no la veo á usted.

MAT. Eso me halaga. (Presentando.) Mi sobrino Federico Azcona.

PRUD. (Dándole la mano.) Ya tenía el gusto de conocerle.

FED. El gusto es mío.

PRUD. Me lo presentó usted, y luego una tarde que nos encontramos... no sé dónde, tuvimos ocasión de hablar largamente... ¿De qué hablamos?

FED. De... de...

PRUD. Sí, sí; ya recuerdo. Del concepto que merecía á usted la mujer en general; por cierto que quedé encantada de oirle: nos tiene en un concepto que no es el corriente.

FED. Feliz memoria.

PRUD. Quizá superior al que nos corresponde: lo digo ahora que no nos oyen ellos.

FED. Señora, ¿y yo?

PRUD. Usted es de los nuestros. Bueno, á otra cosa: (A doña Matilde.) En cuanto recibí su invitación he volado. Apropósito; ¿no ha venido un caballero?...

MAT. Don Heraclio Fernández.

PRUD. El mismo.

MAT. Sí; pero no estaba usted. El pobre se encontraba como gallina en corral ajeno, y se ha marchado prometiendo que volverá.

PRUD. Es muy corto, muy corto. Mentira parece que con ese genio tuviera valor para hacer lo que hizo. Usted, que es tan bondadosa, me habrá perdonado el atrevimiento de convidarle... Quería que usted le conociese, y además le considero como de la familia.

MAT. Es lo bastante.

PRUD. Luego, que notó en mí un fenómeno extraño desde la catástrofe á que estuvimos expuestas. Tengo siempre los nervios de punta, y la presencia de Heraclio tan solo los atempera; es una especie de sedativo.

MAT. Razón de más.

FED. Celebro tener ocasión de tratar á ese caballero.

AME. Verá usted qué infeliz.

PRUD. (Mirándola severamente.) Nada de infeliz. Verá usted qué hombre tan extraordinario. Imagínense ustedes que nuestros caballos sin freno ¡qué horror! iban á precipitarnos por el Viaducto.

AME. ¡Pero, mamá, si fué á la salida del Retiro!

PRUD. ¿Y qué? Con la dirección y el paso que llevaban, pronto hubieran recorrido la calle de Alcalá, Puerta del Sol, Mayor y ¡al Viaducto!

MAT. Si no toman la del Arenal.

PRUD. ¡No, señora! Pero Heraclio les salió al encuentro, se agarró á las bridas, dejándose arrastrar así cerca de un kilómetro (Todo esto lo refiere uniendo la acción á la palabra.) y viendo

que no era bastante, con serenidad asombrosa les atenazó las narices hasta que los animalitos, jadeantes y asfixiados, se rindieron... ¿Qué tal?

FED. (Con énfasis.) Digno de esculpirse en bronces.

MAT. También él nos lo ha contado, pero no con tantos detalles.

PRUD. Ya le he dicho á usted que es muy corto. Un héroe modesto. (Transición.) Bueno: á otra cosa: (A Amelia.) ¿Qué tal has pasado el día?

AME. Perfectamente.

PRUD. Te encuentro paliducha.

AME. No; será la luz.

PRUD. ¿Te ha sentado mal el almuerzo?

AME. No.

PRUD. ¡Tu padre come unas cosas tan extravagantes! Les aseguro á ustedes que el día que pasa con él lo paso yo en vilo. Antes no eran más que dos horas; pero el juez imbécil que setenció el último pleito...

FED. ¡Hay cada juez!

MAT. Don León quiere á su hija con locura.

PRUD. Rebaje usted la tara. Ese no quiere ni á la camisa que lleva puesta. Es un egoísta.

AME. (Suplicante.) ¡Mamá!

PRUD. Defiéndele; es tu obligación; y lo que yo digo, el Evangelio.

MAT. (Conciliadora.) ¡Prudencia!

PRUD. Me llamo. Pero ya sé yo cómo reirme de todos los jueces y de todas las sentencias—á costa de un gran sacrificio—pero me reiré á carcajadas; casándote.

AME. ¡Ah! ¿piensas?... (Mira á Federico.)

PRUD. Aunque no sea más que por gozarme en que tu marido dé á su fachendoso suegro con la puerta en las narices.

MAT. Figúrese usted que simpatizan.

PRUD. No simpatizarán; porque, curándome en salud y para evitarlo, seré yo quien la escoja marido.

FED. (Aparte.) ¡Diantre!

AME. (Ruborosa.) Yo creí que cuando llegara el caso me dejarías la elección.

PRUD. Pues no hay tal. Una joven bien educada,

es decir, una joven que no conoce el mundo, ni puede ni sabe escoger.

MAT. Pero puede enamorarse.

PRUD. Lilailas. De cada cien matrimonios por inclinación, ciento uno naufragan.

FED. Ha dicho usted una verdad como un templo.

PRUD. Mire usted: yo estoy persuadida de que cada mortal lleva en sí una cantidad equis de amor; si lo gasta antes del matrimonio suspirando en la reja, desde el balcón, en la calle, en el teatro, cuando llegan las bendiciones no queda nada.

FED. Evidentemente.

PRUD. (A doña Matilde.) Matilde, tiene usted un sobrino que vale un imperio. ¡Pero lo que tarda ese dichoso Heraclio! Amelia, llégate á preguntar si ha vuelto.

AME. Voy. (Dirigiéndose rápidamente á la derecha.)

PRUD. No corras, no te precipites. Serenidad, reposo.

FED. (Aparte á Matilde.) ¿Qué tal manejo el capote?

MAT. (Idem.) Admirablemente.

PRUD. No estoy por la educación moderna de libertad y descoco; las jóvenes deben ser circunspectas con exageración: la intachable señorita encierra la perfecta señora. (Vase Amelia.)

ESCENA VIII

DICHOS menos AMELIA

MAT. Amelia en ese punto nada tiene que envidiar

FED. Cierto que sí.

PRUD. Gracias á Dios y á que yo la he educado como es debido. Por eso me estremece sólo pensar que alguien pudiera destruir mi obra y me resigno á casarla.

MAT. Será lo mejor para todos.

PRUD. Lo que falta es que su padre no se oponga.

MAT. Y no se opondrá. Precisamente abunda en las mismas ideas.

PRUD. (Sobresaltada.) ¿Se lo ha dicho á usted?

FED. Yo estaba presente.

PRUD. ¡Virgen de la Paloma! Eso es que tiene un candidato, ¡y me la estará convenciendo y maleando!

MAT. Tranquilícese usted.

PRUD. ¡Es para volverse loca! Decididamente hay que resolver antes que mi marido me prepare alguna emboscada.

MAT. Pues no vacile usted más. Matrimonio al canto.

PRUD. Casarla por la posta.

FED. Eso, eso.

PRUD. Yo la proporcionaré el novio.

FED. (Aparte.) ¡Eh!

PRUD. Para que sea de toda mi confianza.

FED. (Aparte.) ¡Ah! (Alto.) Excelente idea. Un novio con buenos informes.

ESCENA IX

DOÑA MATILDE, PRUDENCIA, FEDERICO y MARTINA

MAR. (Por la derecha.) Señora. Con permiso. (Bajo á doña Matilde.) Don León está ahí y dice que si no se marcha su señora la echa á puntapies

MAT. (Asustada.) ¡Qué atrocidad!

MAR. Salvo el modo, yo creo que tiene razón.

MAT. (Alto á Martina.) Voy en seguida. (A Prudencia.) Dispense usted... es el zapatero. (Aparte, marchándose precipitadamente por la derecha.) A ver si le reduzco, no den aquí un espectáculo.

ESCENA X

PRUDENCIA y FEDERICO

FED. Me alegro, señora, que nos quedemos solos, porque voy á permitirme hacer á usted una petición que he consultado con mi tía.

PRUD. Una petición. ¿A mí?

FED. Sí, señora; y como coincide con los proyectos que usted nos ha manifestado, me ceñiré al asunto.

PRUD. (Asombrada.) Ha despertado usted mi curiosidad. Hable usted, joven, hable usted.

FED. Mi tía dice que estoy en la edad crítica para casarme, y yo atiendo su consejo (Con intención.) aunque no sienta inclinación al matrimonio.

PRUD. ¿Usted qué sabe de esas andanzas? Cásese y ya verá lo que es bueno.

FED. Eso dice mi tía, y también que me conviene una muchacha que tenga madre.

PRUD. Por de contado. Así le esclavizará á usted menos, dejándole cierta libertad compatible con sus deberes.

FED. De acuerdo pues, en que mi futura debe tener madre. Esto sentado y ofreciendo que haré la felicidad de mi esposa, la petición consiste en que usted conceda á mi tía, para mí, la mano de Amelia.

PRUD. (Estupefacta.) ¡Ah! ¿es mi hija?...

FED. Si usted no me rechaza.

PRUD. Caballero, sé lo que vale usted y lo que su tía le quiere, y esto solo bastaría para aceptarle por yerno, encantada y orgullosa pero, ignorando sus intenciones, había dispuesto ya de la mano de Amelia.

FED. ¿Mi excesiva franqueza la ha molestado quizás?

PRUD. No; es que siendo mi marido un monstruo que trata de imponerla en contra mía, necesito, como antes dije, un yerno de absoluta confianza.

FED. ¿Y yo no le inspiro á usted la suficiente?

PRUD. No hablemos de usted, que hubiera sido mi ideal... Pero ha llegado tarde, amigo mío.

FED. Señora, ¡ha matado usted todas mis ilusiones!

PRUD. Repito que lo siento, por más que no me explico pasión tan violenta... Apenas ha tratado usted á mi hija..

FED. No importa. Desgraciadamente puedo apre-

ciar lo que pierdo, que no es á ella tan solo, (*Con intención.*) sino á usted también.

PRUD. Es usted muy galante, pero el otro será más dúctil.

FED. ¿El otro?

PRUD. (*Señalando á Heraclio, á quien se oye hablar al paño por la derecha.*) Aquí está.

ESCENA XI

DICHOS y HERACLIO

HER. Al fin doy con usted.

PRUD. Querido amigo. (*A Federico.*) A este caballero debemos Amelia y yo estar sanas y salvas.

FED. (*Secamente.*) Muy señor mío.

PRUD. El sobrino de doña Matilde, la dueña de la casa. (*Inclinación de cabeza de Heraclio.*) ¿Ha visto usted á la niña?

HER. Sí, señora. Con su padre está en el recibimiento.

PRUD. (*Sobresaltada.*) Con su... Pero ese hombre se ha propuesto concluir conmigo... Abusar así y en una casa respetable. ¡Mañana consultaré con mi abogado y le meteremos en cintura! (*Vase precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA XII

FEDERICO y HERACLIO. Al final PRUDENCIA

FED. Conque usted es el ..

HER. Servidor.

FED. Mi enhorabuena por su excelente táctica.

HER. Táctica, ninguna, no señor. Abrí el paraguas inconscientemente, por cierto que no quedó ni para tacos, y era un recuerdo de familia.

FED. No se haga usted el tonto.

HER. Ni lo soy ni me lo hago.

FED. Confiese usted que su heroicidad fué una martingala.

HER. No.

FED. Sí. No es preciso ser muy lince para comprender por qué no deja usted ni á sol ni á sombra á la señora de Burgos, persiguiéndola hasta en los domicilios de sus amistades.
HER. Yo no persigo á doña Prudencia; ella es la que me obliga.
FED. ¿De veras? Hombre, permítame usted reirme.
HER. Ríase usted.
FED. Por lo visto tiene usted la manga ancha.
HER. Según lo que por ello se entienda. No niego que me dejo querer.
FED. (Triunfante.) ¡Cuando yo decía!...
HER. ¡Pero qué daño hago á nadie! Mire usted; en esta bendita tierra, el que no tiene padrino no se bautiza, y eso es lo que me sucede á mí.
FED. ¿Que está usted sin bautizar?
HER. Que llevo en la Deuda un montón de años sin pasar de temporero; doña Prudencia tiene muy buenas aldabas, y si consiguiese que me hicieran de plantilla... solo de pensarlo, me dan escalofríos de gusto.
FED. ¡Ca!... Usted pica más alto... Usted lo que busca son tacones para elevarse.
HER. No, señor; la plantilla nada más; mi palabra.
FED. Usted se ha ganado la voluntad de esa señora, para suplantarme.
HER. ¿Qué dice usted? ¡Ah! Vamos, ya comprendo. Pero puede usted vivir tranquilo; no soy su rival.
FED. ¿Mi rival?
HER. Claro. No me gustan los líos, y menos con mujeres casadas.
FED. ¡Miserable! supone usted... (Agarrándole por las solapas y zarandeándole.)
HER. ¡Ea! ya me voy cansando de dar explicaciones. No supongo; usted lo ha dicho; y hágame el favor de soltar las solapas, que es el traje de los días de fiesta.
PRUD. (Por la derecha. Federico suelta á Heraclio.) Se han evaporado, sin duda. Federico ¿tiene usted la bondad de buscar á mi hija y decirle que me encuentro indispuesta?
FED. ¡Cómo!

PRUD. Es para que la dejen venir.

FED. Con mucho gusto. (Bajo á Heraclio al marcharse por la derecha.) ¡Hipócrita!

HER. (Aparte.) ¡Qué joven tan meticón!

ESCENA XIII

DOÑA PRUDENCIA y HERACLIO

PRUD. Amigo Heraclio, siéntese usted y conteste á una pregunta que voy á hacerle. ¿Concedería usted su afecto á un hombre que se hubiese portado conmigo como un infame, como un verdugo?

HER. (Levantándose porque doña Prudencia permanece de pie.) ¡Calle usted! Habiendo salvado á usted la vida, me considero su segundo padre, y debo odiar á sus enemigos.

PRUD. Gracias, siéntese. Respuesta tan categórica me prueba que no transigirá usted con mi esposo.

HER. Nunca. (Se sienta y vuelve á levantarse.)

PRUD. En recompensa, voy á demostrarle á usted mi agradecimiento. Siéntese y no se emocione ni se sobrecoja por lo que va á oir.

HER. ¿Va usted á recomendarme al director? (Levantándose por tiempos.)

PRUD. Más aún.

HER. ¿Al ministro?

PRUD. Más aún.

HER. Entonces al...

PRUD. Siéntese. Voy á asegurar su porvenir.

HER. ¡Oh, señora, cómo pagar...!

PRUD. Sencillísimo. Sometiéndose á mí en todo y por todo. Pero siéntese usted.

HER. Cuando usted lo haga. (Prudencia se sienta y Heraclio también.) Sometiéndome, dice usted; ¿cabe mayor rendimiento? Yo era un empleado modestísimo, probo, metódico hasta la exageración, y usted ha trastornado mi existencia haciéndome ir y venir, alterar mis costumbres, desnivelar mis ingresos.

PRUD. Por eso trato de compensarle con creces,

imponiendo condiciones. Primera... Heraclio... es así... tan, tan... vaya, que no me gusta. Cambiará usted de nombre.

HER. Corriente. Como no me consultaron cuando me lo pusieron...

PRUD. Pero tendrá usted otros y por medio de un expediente...

HER. Tengo varios. Los que la iglesia celebraba el día que nací. Sicarión, Basildes, Nabor, Vito, Quirico, Primo, Daviso: escoja usted.

PRUD. Es difícil. Bien: ya veremos. Las cualidades de bondad y de orden que distinguen á usted, son insustituibles para una mujer que, como yo, es una pila eléctrica: tengo una hija en la que adoro; deseo casarla; necesito un yerno que, debiéndomelo todo, ni me separe de ella ni me haga traición, y he pensado en usted.

HER. (Desconcertado.) ¿En mí?

PRUD. Acepte usted la mano de mi hija.

HER. Con toda mi alma; pero hay un pequeño inconveniente.

PRUD. La dote será espléndida y vivirán ustedes conmigo.

HER. El premio gordo de Navidad... Pero, repito, que hay un pequeño inconveniente.

PRUD. ¿Desprecia usted...?

HER. Aceptaría á cierra ojos... pero, soy casado.

PRUD. (Estupefacta.) ¡Casado!

HER. Con tres chiquitines y .. suegra.

PRUD. (Desesperada.) ¡Casado! Esto no le pasa á nadie más que á mí. ¡Tres días aguantándole á todas horas... en mi casa y en la ajena!... Tres días dejándose tratar á cuerpo de rey el caballerito, y luego resulta...

HER. Perdone usted que le objete que he aceptado por compromiso y costándome muchos disgustos sus atenciones, porque mi suegra es... una verdadera suegra, y mi mujer muy celosa.

PRUD. ¿Pero usted por qué no me ha dicho que era casado?

HER. Porque no creí que le interesase y porque no venía á qué.

PRUD. No, señor; se lo ha callado usted astuta é intencionadamente.

HER. Basta, señora. Todos me insultan sin merecerlo. He sacrificado por usted mi vida; iba á sacrificarle mi nombre; pero pretender que también le sacrifique á mi santa esposa, á mis entrañables vástagos y á mi inaguantable suegra, es pretender demasiado.

PRUD. Hemos concluído.

HER. Estoy á los pies de usted. (Vase por la derecha.)

PRUD. ¡Qué lástima! Era una alhaja este hombre.

HER. (Por la derecha.) Señora, vuelvo... á pedir á usted mil perdones por mi descortesía. Me he dejado llevar del pronto... Olvídelo y que no sea obstáculo....

PRUD. (Alarmada.) ¿Para qué?

HER. Para recomendarme.

PRUD. Cumpliré lo prometido.

HER. Gracias. Crea usted que si pudiese endosar la familia sin responsabilidad y dejándola á cubierto de todo apuro...

PRUD. Sí, sí.

HER. Estoy á los pies de usted. (Vase por la derecha, cruzándose con Amelia.)

ESCENA XIV

PRUDENCIA y AMELIA

AME. ¿Te has puesto mala?

PRUD. No; ha sido un engaño para que vinieras. ¿Qué hace ahí tu padre?

AME. (Con timidez.) Estaba conmigo... Como hasta las siete...

PRUD. Hasta las siete, ¿eh? Esto no puede continuar así. Es preciso que tengas libertad para estar con quien te plazca... conmigo siempre, sin limitación de horas.

AME. Pero...

PRUD. Así no oirás hablar mal de tu madre.

AME. Te aseguro que...

PRUD. Ni te soliviantará ese vampiro á contraer

matrimonio con una persona que él patrocina porque defiende su causa.

AME. Permíteme...

PRUD. Es inútil; sé de qué pie cojea. ¡Que se marche! ¡Que se marche!

AME. Si me quiere igual que tú.

PRUD. ¡Falso! Y puesto que las leyes no nos amparan, que tu marido te dé la absoluta... Siento que no pueda ser Heraclio, pero, ¡qué le vamos á hacer! Dí, ¿qué te parece Federico Azcona?

AME. No me he fijado.

PRUD. Yo sí; vale poco, físicamente.

AME. No. (Conteniéndose) No me he fijado.

PRUD. Pero es simpático y listo.

AME. Cuando tú lo dices...

PRUD. No basta. Tú eres la que se va á casar... Me ha pedido tu mano.

AME. ¿Y tú apruebas...?

PRUD. Te consulto. Decide tú y luego yo.

AME. (Con expansión.) Entonces, madre mía, te confieso...

PRUD. Que no te gusta.

AME. Sí, sí.

PRUD. No, no. ¡Si conoceré yo tus gustos! Tampoco á mí me llena... pero el hombre y el oso...

AME. Antipático no me es.

PRUD. Pero no te ha flechado. Eso es lo de menos. Tu padre me flechó á mí, y mira...

AME. ¡Mamá!

PRUD. Confía en mi experiencia. Las pobres mujeres tenemos que soportar el matrimonio, y puesto que se te presenta ocasión, resígnate y cede.

AME. Dispón de mí. No tengo más voluntad que la tuya.

ESCENA XV

DICHAS y FEDERICO

FED. (Por la derecha.) ¡Ah! ustedes perdonen... Creí que estaba aquí mi tía.

PRUD. De usted nos ocupábamos precisamente.

FED. ¿Sí?

PRUD. (Mirándole fijamente y aparte.) Es pasable. (Alto.) ¿Conoce usted á mi... á don León?

FED. De vista. Apénas hemos cruzado la palabra un par de veces.

PRUD. Entonces no habrá usted podido formar juicio acerca de él.

FED. No.

PRUD. Es una fiera.

AME. (Suplicante.) ¡Mamá!

PRUD. ¡Un grosero!

AME. ¿Pero á qué viene?...

PRUD. Un...

AME. (Tapándole la boca cariñosamente.) ¡Calla!

PRUD. Ya le conoce usted. El yerno que haga buenas migas con un suegro así, es que lo merece.

FED. No sería yo si tuviera la fortuna...

PRUD. Puede usted tenerla, porque abandono por irrealizables los proyectos de que le hablé; y, suponiendo que siga usted pensando como pensaba, autorizo á doña Matilde para que pida la mano de Amelia.

FED. ¡Ah, señora!

PRUD. Ahora... hágase usted querer.

FED Eso es lo más difícil.

PRUD. Dejo á ustedes solos un momento. Quiero que mi amiga sepa por mí tan agradable nueva. (Se dirige hacia la derecha. Volviéndose y á Amelia, aparte, besándola.) No seas demasiado esquiva... Comprendo la violencia que te causará... pero creo que te conviene. (Vase.)

ESCENA XVI

FEDERICO, AMELIA

FED. (Estrechando las manos de Amelia.) ¡Vida mía!

AME. ¡Federico!

FED. Las amonestaciones, los preparativos, y mía para siempre.

AME. No salgo de mi asombro. Consentir mi ma-

dre con tanta facilidad. (Condolida.) ¡Bien la hemos engañado!

FÉD. Engaño, no; diplomacia, que no debe pesarnos. Era el único medio de conseguir nuestra felicidad.

AME. ¿Y si ahora...?

FED. ¿Qué?

AME. Si ahora que mamá consiente, papá, por llevarle la contraria, se opusiera...

FED. Descuida. Los tenemos presos en nuestras redes.

AME. ¿Estás seguro?

FED. Van á venir... Concédeme... (Cogiéndole la mano.)

AME. ¿Mi mano? Ya es tuya.

FED. Comérmela á besos.

AME. ¡Oh!

FED. Eres mi prometida. Serán los primeros. (Amelia, sonrojada, vuelve la cabeza abandonando su mano á Federico, que la cubre de besos.)

ESCENA XVII

DICHOS y DON LEÓN

LEÓN (Por la izquierda.) ¿Dónde estará? No han dado las siete todavía. (Viendolos.) ¡Caramba!

AME. ¡Papá!

FED. Su señora de usted autoriza nuestro matrimonio, nos ha dejado un instante...

AME. Y aprovechábamos la ocasión...

LEÓN Ya lo he visto.

AME. Para...

LEÓN Bien, bien. ¿Conque consiente? ¡Vaya, vaya! Y por milagro divino te vas á casar con un hombre que conviene á tu padre y á tu madre. La primera vez que estamos de acuerdo.

AME. Afortunadamente.

LEÓN Pues como de estas caerán muy pocas en libra, no perdáis el tiemdo. Disponed antes que el aire haga girar la veleta.

FED La observación es atinadísima. Manos á la obra. En una pequeña conferencia quedará

todo arreglado. Con permiso de usted voy á avisar.

LEÓN — ¡Ah! pero necesito verme con... con...

FED. — Antes que el aire haga girar la veleta... Palabras textuales.

LEÓN — El caso es que así... de pronto. Dejadme siquiera un mes para prepararme... ¡Menuda es la píldora para tragarla en seco!

FED. — El mal camino, deprisa. (Amelia y Federico se acercan á la derecha. Vase Federico.)

AME. — (Acercándose á su padre y abrazándole.) ¡Qué bueno eres! Pero no te olvides de disimular que Federico te agrada.

LEÓN — (Incomodado.) Bastaría que lo presumiera para echarlo todo á rodar.

AME. — Chist... calma... domínate.

LEÓN — Seré un borrego, hija, seré un borrego. Traédmela. (Vase Amelia por la derecha.)

ESCENA XVIII

LEÓN, DOÑA MATILDE

LEÓN — (Paseando.) Parece que fué ayer y han transcurrido quince años. ¡Quince años perennes de pleitos y querellas, al cabo de los cuales el destino nos coloca de nuevo frente á frente! Bah... para mí ya una extraña, (Se arregla la corbata, se atusa el bigote y se saca los puños.) ¡un mito!

MAT. — (Por la derecha.) Prudencia viene.

LEÓN — (Retrocediendo.) Que venga. La espero con la estoica bravura que esperaría el chorro de una ducha helada.

MAT. — Federico me ha suplicado que esté presente y eso que las emociones me sientan muy mal. ¿Se contendrá usted?

LEÓN — Dentro de los límites de lo humano... pero si me pincha..

MAT. — No; lo mismo me ha prometido ella. ¡Prevenido!

ESCENA XIX

DICHOS, PRUDENCIA

Pausa. León se aleja hacia el foro. Prudencia se detiene cortada. Doña Matilde queda sola en el centro, demostrando con ademanes su embarazaos situación

LEÓN (Saludando ceremoniosamente.) A los pies de usted. (Aparte.) Está muy guapa.

PRUD. (Idem.) Beso á usted la mano. (Aparte.) Se conserva bien.

MAT. (Como antes.) Sentémonos.

PRUD. Muchas gracias.

LEÓN Muchas gracias. (Doña Matilde se sienta en el centro y don León y Prudencia á los dos extremos de la escena.)

MAT. No tan lejos; vamos á tener que hablar á voces. (Se acercan.)

LEÓN (Tirando del vestido á doña Matilde.) Haga usted el favor de decirle que si la molesto con mi presencia es porque las circunstancias lo requieren.

PRUD. (A doña Matilde.) Deseo que el señor sepa que en el asunto que vamos á tratar no hay gatuperio. La casualidad únicamente nos ha reunido.

LEÓN La casualidad y la ligereza de usted, porque hasta las siete en punto me pertenece mi hija. (Levantándose y sacando la cartera para buscar un papel.) Aquí está la copia de la sentencia que lo dice bien clarito.

PRUD. La recuerdo perfectamente, fecha tres de Febrero; pero ni esa sentencia ni otra alguna me prohibe visitar á las amigas cuando tengo por conveniente Si hubiera usted estado en otra parte no habría tropezado conmigo. (Se levanta.)

MAT. (Interviniendo.) Pero, señores, nos vamos por los cerros de Ubeda. No tratemos más que de la boda de mi sobrino con Amelia.

LEÓN — Justo. El proyecto no me parece descabellado. Sabe usted que la aprecio y la considero como nadie.

PRUD. — ¿Como nadie? ¡Ridícula pretensión!

LEÓN — ¿Ridícula? (Á una mirada de doña Matilde.) Bueno; los dos la apreciamos igualmente. Con lo que no estoy conforme es con que se me haya enterado el último, debiendo haber sido el primero; porque si usted hubiera tenido la atención de no venir hasta las siete.

PRUD. — Supongo que no pretenderá usted darme lecciones de delicadeza.

LEÓN — A su edad de usted, sería inútil.

PRUD. — Y menos dadas por un maestro cuya conducta es dudosa.

MAT. — (Interviniendo.) Señores, vamos á lo que interesa.

LEÓN — Perdone usted; yo no puedo permitir que se ponga mi conducta en tela de juicio. Si mi hija lo oyese modificaría el alto concepto que le inspira su padre.

MAT. — Señores, por lo que más quieran ustedes les suplico... Hablemos de la boda que *para eso nos habíamos reunido*, y aun no hemos tratado.

PRUD. — Es cierto. (Se sientan los tres.) Considero á Federico Azcona una excelente proporción, y espero que no abusará usted de su autoridad para impedir enlace tan conveniente.

LEÓN — Tratándose de mi adorada hija, las antipatías que siento por otros, ceden en absoluto.

PRUD. — Eso quiere decir que no le es á usted simpático...

LEÓN — No me refería á él.

PRUD. — En resumen. ¿Da usted ó no su consentimiento?

LEÓN — Sin inconveniente.

MAT. — Pues no hay más que hablar. (Resoplando.)

ESCENA XX

DICHOS, AMELIA y FEDERICO

AME. (Por la derecha precipitándose en los brazos de doña Prudencia y besándola.) ¡Mamaita!

FED (Estrechando la mano de don León.) Don León...

AME. (Precipitándose en los brazos de don León.) ¡Papá!

FED. (Estrechando la mano de doña Prudencia.) Señora...

PRUD. Un momento. Mi conformidad lleva consigo una condición.

LEÓN Y la mía otra.

FED ¡Caracoles!
AME. ¡Dios nos asista! (Aparte y á un tiempo.)
MAT. ¡Volcamos!

LEÓN Condición *sine qua non.*

PRUD. ¿Eh?

LEÓN (Marcado.) *Sine qua non.*

PRUD. La mía también, sin... sin eso.

LEÓN A la suegra, polilla del hogar, le prohibiréis la entrada.

PRUD. Y el padre impolítico no pisará ni la calle donde viváis.

FED. Ni el barrio siquiera.

LEÓN (Á Prudencia.) Usted, ¡lejos! ¡lejos!

PRUD. (Á León.) Y usted, ¡largo! ¡largo!

MAT. ¡Paz! ¡paz!

PRUD. ¡Primero me hacen cachitos que ceder tanto así!

LEÓN ¡Aunque me dieran tormento no transigiría un ápice!

MAT. ¡Don León! ¡Prudencia! ¿Dónde vamos á parar?

PRUD. (Cogiéndola de una mano.) Escuche usted mis razones.

LEÓN (Cogiéndola de la otra mano.) ¡Sea usted juez!

MAT. (Desasiéndose) No, no. Cuando estemos todos más tranquilos. (Sube hacia el foro: la siguen don León y Prudencia disputando.)

FED. (Á Amelia.) Facilísimo de arreglar. No vendrán á casa ni uno ni otro.

AME. (Suplicante.) Vendrán los dos. Sí, Federico, son mis padres, son muy buenos.

FED. ¿Quién lo duda?

AME. ¡Dos ángeles!

(Formidable disputa entre don León y Prudencia.)

PRUD. ¡El cura que le puso á usted León era un sabio!

LEON ¡Y el que le puso á usted Prudencia, un zoquete!

PRUD. ¡Beduino!

LEÓN ¡Cócora!

FED. (Á Amelia.) Dos ángeles, ¿eh? Pues si los ángeles se llevan así, dará gusto andar por el cielo. (Don León y Prudencia continúan disputando.)

TELON

ACTO SEGUNDO

Un saloncito en casa de los señores de Azcona, alhajado con sencillez y elegancia. Puertas laterales y al foro. Segunda derecha, balcón. Es de día.

ESCENA PRIMERA

AMELIA y FEDERICO

Amelia sirve una taza de café y se la da á Federico

FED. Un abrazo de propina para la encantadora sirviente. (La abraza.)

AME. No se admiten propinas, te lo devuelvo. (Le abraza.)

FED. Eso es que tenías ganas de darme otro. ¡Cómo está el servicio! (Se abrazan.)

AME. La verdad es que se encuentra uno muy bien así.

FED. (Apretándola.) ¿Uno? Dos. ¡Ya lo creo!

AME. (Desasiéndose.) Si digo en su casita, tranquilos. (Se sirve una taza de café.)

FED. Justa recompensa á nuestros afanes, ¡porque lo que nos ha costado conseguirlo!

AME. ¡Cuántas dificultades, cuántos disgustos, cuántas disputas! (Se toman el café á pequeños sorbos.)

FED. Ya, ya. Hasta el momento solemne de echarnos las bendiciones lo aprovecharon tus pa-

dres para ponerse de vuelta y media. No se me olvida. (Imitando al Cura al echar la bendición.) *Ego vos in matrimonium.* (Imitando á los suegros.) ¡Vándalo! ¡Bruja! (Al Cura.) *Conyungo in nomine Patri* ¡Negrero! ¡Loca! Gracias á que el cura era un santo, que si no, en lugar de bendecirnos nos santigua.

AME. En fin, lo pasado, pasado.

FED Lo peor es que ese tiempo no existe para nosotros. Comprendo las incluseras.

AME. ¡Federico!

FED La tranquilidad que saboreabas hace un instante es muy relativa. Lunes, miércoles y viernes, turno impar, tenemos á tu padre convidado.

AME. Y viendo lo que disfruta entre nosotros, soy feliz.

FED. Martes, jueves y sábados, turno par, tenemos á tu mamá.

AME. ¡Pobre! Antes no se apartaba de mí.

FED. Y el domingo ¡que hasta el Padre Eterno descansó! viene tu madre á almorzar y tu padre á comer.

AME. También viene tu tía á menudo.

FED. Pero no en días fijos.

AME. Y nos ha metido aquí á Martina, su criada.

FED. De todos modos hay mucha diferencia. Tus padres padecen la manía persecutoria. Siempre nos está echando en cara cada uno el haber faltado á nuestro compromiso de no recibir al otro.

AME. Paciencia, maridito. No me atormentes.

FED Tienes razón, sobre todo hoy. Esta tarde nos vamos solitos de paseo, y después á comer por ahí.

AME. El caso es que le toca á papá.

FED. No le esperes.

AME. ¿Cómo?

FED. Valiéndome de una hábil maniobra he conseguido que tu padre y tu madre nos cedan un día cada uno; lunes y sábado

AME. (Fingiéndose incomodada.) ¡Habrase visto el taimado! Pues no me gusta eso. (Le echa los brazos al cuello.)

FED. Y vamos á celebrar nuestro primer grito de independencia. ¡Viva la libertad! Dame un sorbito de tu taza y yo te daré otro de la mía. (Cambian las tazas, bebiendo.)

ESCENA II

DICHOS, DON LEÓN

LEÓN (Por el foro.) Hijos míos, buenas tardes. (Amelia y Federico bajan las tazas con desaliento.)

FED. ¿Pero no habíamos quedado...?

LEÓN En que no vendría hoy; sí. Me marcho á escape. El onceno no estorbar.

FED. Tanto como estorbar...

AME. ¿Qué prisa tienes? Siéntate.

LEÓN No, no, no. (Se sienta cómodamente.) A lo que vengo y mutis. He comprado un palco para el Circo, yo solo no iba á ir, he convidado á tu tía, y á ella se le ha ocurrido convidaros á vosotros, que comamos todos juntos en su casa, y después, á ver los títeres. ¿Qué os parece?

FED. Soberbio... si lo hubiéramos sabido antes. Conque muchas gracias y usted dispense; (Dándole la mano.) vamos á salir.

AME. Es temprano todavía. (A don León.) ¿Has tomado el café.

LEÓN No; pero por mí no os detengais.

AME. ¿Qué más da?

LEÓN Un sorbo, un sorbo, (A Amelia que le sirve.) lléname la taza. (Federico hace ademanes de impaciencia.) Comprendo que estaré molestando, pero perdonadme. En casa, aislado como un ilota, me aburro. A ver si me dais pronto un nieto; yo le acompañaré con el ama hasta que sepa andar, y en cuanto ande ¡que nos echen galgos!

FED. ¿Al ama y á usted?

LEÓN ¡No, hombre!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA MATILDE, MARTINA

MAT. (Por el foro.) Santas y buenas.
AME. Tía. (Se besan.)
MAT. Os saludo de pie, quedamos en donde hemos de reunirnos y desfilo, llevándome por delante á este pelma.
FED. ¡Caramba! Eres un relámpago.
MAT. (A don León.) Ande usted, ande usted. ¡Que se han casado hace dos meses nada más!
MAR. Esto traen para el señor. (A don León. Entregándole un envoltorio.)
LEÓN ¡Ah! sí: la acuarela. (Dando el envoltorio á Federico.)
FED. ¿Qué acuarela?
LEÓN Verás: como te oí decir anteayer que pensabas buscar un paisaje para enfrente de la mesa de despacho, ví esta bailarina...
AME. ¡Quéjate luego de él y se desvive por agasajarte!
FED. La verdad es que me abruma.
LEÓN Escogí esto, porque una bailarina es mucho más alegre que un paisaje, y cuando te pongas á trabajar y te fijes...
FED. ¡Digo! Hasta los números darán saltos y cabriolas: ¡qué sumas tan difíciles!
MAT. Vamos á colocarlo y á ver el efecto que hace.
LEÓN De lejos, precioso. Las acuarelas son como ciertas mujeres: para apreciarlas hay que verlas á distancia.
AME. (A Martina.) Abra usted el balcón, limpie el polvo por encima y llévese el servicio. (Vase con don León y doña Matilde por segunda izquierda.)
FED. (Siguiéndola.) Yo quería un paisaje ¡un paisaje! pero ni aun los cuadros pueden ser á mi gusto.

ESCENA IV

MARTINA, DOÑA PRUDENCIA

MAR. (Abriendo el balcón.) El balcón. (Soplando alguuos muebles y la mesa.) El polvo. (Recogiendo el servicio de café.) El servicio.

PRUD. (Por el foro, precipitadamente. Trac un envoltorio.) Hola, Martina.

MAR. Señora.

PRUD. Está ahí León, don León ¿eh?

MAR. (Cortada.) Creo que sí.

PRUD. Sí que está. He visto su bastón en el perchero y ademas me figuraba que vendría. A mí me han quitado el sábado engañándome, pero á él no le quitan nada.

MAR. No, señora. Según lo que yo he oído, el señor ha hecho lo que la señora, que no debía venir y ha venido.

PRUD. El y yo somos muy diferentes.

MAR. Claro que sí. La señora es la madre y el señor el padre.

PRUD. Mi hija no tiene padre.

MAR. ¡Ah! ¿no?

PRUD. No tiene más que madre.

MAR. Ya.

PRUD. Martina.

MAR. Señora.

PRUD. Diga usted: ¿el señorito está muy cariñoso con su suegro?

MAR. El señorito está con el señor su suegro, lo mismo que con la señora su suegra. Igual con los dos.

PRUD. ¡Con los dos igual!

MAR. Y con todos.

PRUD. ¡Con todos! Martina.

MAR. Señora.

PRUD. Diga usted á mi hija que venga inmediatamente.

ESCENA V

PRUDENCIA, MARTINA, FEDERICO. Después, AMELIA

FED. (Por segunda izquierda con el cuadro) Que no me resulta, ea... y no se pone. (Estupefacto al ver á Prudencia.) ¡Usted! ¡Usted! ¡Esto me faltaba! ¿Pero no habíamos quedado...?

PRUD. Espera, que hoy no te pesará verme.

FED. ¿Cree usted...?

PRUD. Váyase, Martina. (Martina vase foro llevándose el servicio.) Ayer te oí decir que ibas á comprar un paisaje para enfrente de tu mesa de despacho. Pues yo te traigo otra cosa mejor. Mira qué bonito. (Quitando el papel al envoltorio y entregándole un cuadro.)

FED. ¡Un fraile! ¡Aleluya!

PRUD. Esto te inspirará ideas serias.

FED. Para suavizar las de este.

PRUD. ¿Qué es eso?

FED. Otro cuadrito.

PRUD. Una bailarina. ¡Qué indecencia! Supongo que no pondrás...

FED. Ninguno de los dos.

PRUD. Esa porquería quizá sí, porque adivino quien se me ha adelantado á regalártela, que no debe andar lejos.

FED. Tiene usted buen olfato; ahí está, sí señora.

PRUD. Después de haberte prometido, según tú, dejaros este día de asueto. Es hombre de palabra.

FED. Como usted.

PRUD. Ya, ya caerás de tu burro y le darás la cuenta.

FED. Si de mí solo dependiese el desmoche sería completo.

PRUD. Hijo, se conoce que hoy has pisado alguna mala hierba.

FED. Más de una.

PRUD. Pues si yo te molesto también, fácilmente puedes evitarlo.

FED. ¿Cómo?

PRUD. Venga un nieto para educarle á mis anchas y verás.

FED. ¡Gemelos, Dios mío! Gemelos necesitan y tres para que quede uno en casa.

AME. (Por segunda izquierda.) Me había parecido tu voz. (Llevándosela.) Ven.

PRUD. (Resistiéndose.) ¿A dónde?

AME. Ven, ven. (Se la lleva por primera derecha.)

FED. (Llamando.) ¡Martina! ¡Martina! Vivíamos en un manicomio.

MAR. (Por el foro.) Señorito.

FED. (Dándole los cuadros.) Cuélguelos usted en la espetera. (Vase Martina muy asombrada. Paseándose.) ¡Un manicomio, sí señor, un manicomio!

ESCENA VI

FEDERICO y DON LEÓN

LEÓN (Por segunda izquierda.) ¿Se ha largado ya la prójima?

FED. No.

LEÓN La debías empadronar aquí.

FED. Oiga usted, papá; usted que es una persona razonable, ¿por qué no se marcha?

LEÓN Quedándose ella. ¡En seguida!

FED. Pero si con ella no se puede discutir.

LEÓN Ni conmigo tampoco: no me des incienso para convencerme.

FED. No es incienso. Es la pura verdad. Usted tiene sentido comun.

LEÓN Eso sí.

FED. Y clara inteligencia.

LEÓN También.

FED. Y ella en cambio.,.

LEÓN (Tocándose la frente.) Serrín y virutas.

FED. Conformes. Luego usted es superior y debe dar ejemplo.

LEÓN Basta. Que mi costilla os sea leve: mi costilla no, rectifico, con las costillas así estaría hecho una lástima. (Se dirige hacia el foro.)

ESCENA VII

LEÓN, FEDERICO, AMELIA y PRUDENCIA

AME. (Por la primera derecha tratando de detener á su madre.) Sal por la alcoba
PRUD. Si es que me he dejado el bolso.
FED. (Empujando á don León.) Vamos.
LEÓN (Resistiéndose.) Ahora sí que no me voy. Esto es una provocación.
AME. Yo le buscaré.
PRUD. (A Amelia señalando á Federico y don León.) Mira qué par de compinches. Dime con quien andas te diré quien eres.
LEÓN (Acercándose á Prudencia.) Señora. . no me busque usted la lengua.
AME. (Tirando de Prudencia.) ¡Mamá!
FED. (Idem de don León) ¡Papá!
LEÓN Mejor es que me marche, sí... pero no sin decirle que no tiene pizca de delicadeza.
PRUD. Como si supiera usted lo que es eso.
LEÓN Si quisiese usted á su hija no vendría á infernar su casa.
PRUD. Si practicase usted lo que aconseja, sería esto una balsa de aceite.
FED. ¡Papá!
AME. ¡Mamá!
PRUD. Déjame. Después de haber sostenido dieciocho pleitos, no me asustan las discusiones.
LEÓN Y perdido cuatro.
PRUD. Y usted nueve; le llevo cinco.
LEÓN Pues apúntese usted cinco.
FED. Cállese usted.
PRUD. Primero moro.
AME. Mamá, hazlo por mí.
FED. Por nosotros.
PRUD. (A Federico.) A mí qué me importas tú.
(Amelia y Federico se separan de ellos desesperados.)
LEÓN Vuelve por otra.
PRUD. (A León.) ¡Jesuita!
LEÓN (A Prudencia.) ¡Pécora!

FED. (Interponiéndose) ¿Pero esto que va á ser? Ruego á ustedes que se retiren.
PRUD. Adiós. (Vase por primera derecha.)
LEÓN Adiós. (Vase por primera izquierda.)

ESCENA VIII

FEDERICO y AMELIA. Al final, HERACLIO

AME. (Dejándose caer sobre una silla.) ¡Oh!
FED. Amelia, así no es posible continuar.
AME. No me digas nada.
FED. Sí te digo; necesitamos paz, sosiego.
AME. ¿Y qué quieres que yo haga?
FED. Procurármelo; de ti depende y es tu obligación. Elige de tus padres uno.
AME. No comprendo...
FED. Consulta á tu corazón, medita, pesa y romperemos con el que menos te interese.
AME. ¿Que prescinda de uno?
FED. Sí; es necesario.
AME. ¿Y me propones que elija? ¿que escoja fríamente, como si se tratara de extraños? Pero si yo los quiero á los dos lo mismo y ellos me quieren lo mismo los dos.
FED. Por alguno sentirás preferencia.
AME. Por ninguno.
FED. Entonces á cara ó cruz.
AME. ¡Federico! Son mis padres que á un lado sus discusiones, son igualmente cariñosos, buenos, benditos. ¡Ah, Federico, tú no sabes lo que me pides!
FED. No obstante ..
AME. Sus diferencias son mi tormento y su desgracia: sería cruel añadir a su separación la separación de su hija.
FED. Pues es forzoso. Se acabaron en mi casa las escenas ridículas. Que no vuelvan.
AME. Volverán.
FED. Lo veremos.
AME. Mi casa es la de mi padres.
FED. Pero no olvides que en tu casa yo soy el dueño.

AME. ¿El dueño?

FED. Sí.

AME. Aunque lo seas, no me intimidan tus arrogancias.

FED. ¡Asustarte tú! Facilillo es.

AME. Y antes que regañar á cada paso, vale más que lo hagamos de una vez por todas, ya que todavía solo de nosotros dependemos. (Heraclio entra por el foro.)

FED. Está bien. Llegó el principio del fin. Tu madre, tu bendita madre, te ha dado el ejemplo, y de tal palo tal astilla... Cúmplase la ley de herencia; seremos en tu familia otro matrimonio modelo, la segunda edición corregida y aumentada.

ESCENA IX

DICHOS y HERACLIO

HER. Ustedes perdonen; me parece que no soy oportuno.

AME. (A Heraclio.) ¡Ay, amigo Heraclio! ¿Por qué abrió usted el paraguas? ¿por qué no dejó que los caballos nos estrellasen?

FED. Porque no te había llegado tu última hora. Serénate y suprime los romanticismos, que aun te queda mucho que vivir sin mí, libre, feliz é independiente.

HER. ¡Hombre! ¡hombre! Por la cuenta, han tenido ustedes algún disgustillo. Volveré en mejor ocasión. (Medio mutis.)

AME. (Deteniéndole.) Nunca llegará usted tan á punto. Escuche usted.

HER. Imposible. Me está esperando el jefe para un trabajo extra.

FED. Que espere. Nadie tan á propósito como usted, calmoso, ordenado, serio, para servirnos de árbitro. Escuche usted.

HER. No, no: mañana. Oiganme ustedes á mí. Hay una vacante de plantilla, que es mi sueño dorado. Mamá me ha ofrecido influir

con sus buenísimas relaciones, Dios se lo pague; al efecto me había citado en su casa, y allí me ha dejado aviso de que viniera á buscarla aquí.

AME. Bueno, yo hablaré á mamá. Eso es lo que menos importa. Lo nuestro, lo nuestro es lo interesante. ¿Sabe usted que mi marido quiere separarse de mí?

HER. ¿Qué me cuenta usted?

FED. No; lo que yo quiero es tranquilidad, quiero ser el dueño de mi casa, quiero recibir á quien me parezca, quiero...

AME. Hacerme desgraciada.

HER. Muy de prisa estoy, pero un buen consejo se da pronto.

FED (Acercándole una silla.) Siéntese usted.

HER. No, no. A mi juicio, la madre del cordero es la de usted.

AME. ¿Cómo?

HER. Que la madre del cordero es que la de usted, y el papá... Vamos, que los papás tienen pocas ocupaciones.

AME. Una tan solo.

FED Molestarnos.

AME. Pensar en mí.

HER. Si se les proporcionase algún otro entretenimiento... (Tirando de la cadena del reloj, de la que saca el llavero, volviéndole á guardar precipitadamente. A Federico.) ¿Hace usted el favor de decirme qué hora es?

FED. (Consultando su reloj.) Las tres y cinco.

HER. ¡Sopla! Ya estará el jefe. Continuaremos más despacio. (Medio mutis.)

AME. (Deteniéndole.) No nos abandone usted. (Suplicante.) Convenza á Federico... Busquen ustedes juntos el medio. Yo voy con mamá, que se entró muy excitada... y volveré... Debo á usted la vida, que le deba también la felicidad. (Vase por primera derecha.)

ESCENA X

FEDERICO y HERACLIO

HER. La vida... la vida .. Yo no hice más que abrir el paraguas; pero esto es más peliagudo.

FED Y seguramente habrá manera...

HER. Desde luego.

FED. Y quizá sencillísima..: el huevo de Colón; porque, por regla general, se forja uno montañas de lo que son granos de arena.

HER. El *quid* está en buscarles una preocupación que les absorbiese, para que los dejasen á ustedes desacansar.

FED. Indiscutible.

HER. Aguarde usted... Ya vislumbro...

FED. ¿No serán los nietos?

HER. ¿Qué nietos?

FED. No, nada, creí...

HER. Se encontrará, no le quepa á usted duda. ¿Hace el favor de mirar la hora?

FED. (Mirando su reloj.) Las tres y cuarto.

HER. (Hace un gesto de viva contrariedad. Pausa.) Ya está, ya está.

FED. (Muy satisfecho, frotándose las manos.) Venga, venga.

HER. Lo malo es que hay un pequeño inconveniente.

FED. Si es pequeño...

HER. ¿Porque aquí no es el divorcio lo mismo que en Francia?

FED No, señor.

HER. Entonces... Se me había ocurrido casar á don León con otra y á doña Prudencia con otro.

FED. (Indignado.) ¡Hombre, vaya usted á freir espárragos!

HER. Aguarde usted. ¿Y por qué no intentar que hagan las paces?

FED Eso ya es otra cosa. La idea es original y hay que aprovecharla.

HER. Pues se la regalo á usted.

FED. Ahora mismo le voy á mandar á mi suegro para que le tantee.

HER. ¿Yo? Mire usted que tengo mucha prisa.

FED. Nada, nada; ahora mismo. (*A Amelia que aparece por primera derecha.*) Heraclio es un ser excepcional Ha encontrado la solución. (*Vase por primera izquierda.*)

ESCENA XI

HERACLIO y AMELIA

AME. (*Muy satisfecha.*) ¿De veras?

HER. Ha sido sin querer, sin darme cuenta, como cuando abrí el paraguas.

AME. Entonces fué usted un héroe, y ahora es usted un sabio.

HER. Pues, repito, que todo eso me brota espontáneamente. Hongos, señora, hongos.

AME. Conque, vamos á ver, ¿qué es ello?

HER. Una tontería. Que sus papás hagan las paces.

AME. (*Entusiasmada.*) ¡Admirable! Heraclio, ¡admirable! ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Heraclio, gracias!

HER. No hay de qué. Pero, ¿las harán?

AME. Deben hacerlas por mí.

HER. Claro, pero ¿las harán?

AME. Por mí, pobre víctima de sus rencores, por mí que he sufrido y sufro más que ellos, y solo por causa de ellos.

HER. ¿Tiene usted hora?

AME. No. ¿Que uniéndose sin conocerse lo bastante procedieron ligeramente? Culpa suya fué y lamentable yerro, pero desde el instante en que me impusieron la existencia perdieron al derecho de amargarme la vida.

HER. Sí, señora, sí. Los hijos. ¡Ah! los hijos, por ellos todo. Tres tengo yo y no gano para botas.

AME. La unión de mis padres sería el término de mis penas. La discordia es contagiosa, y

Federico y yo tenemos los primeros síntomas.

HER. Está usted en lo firme.

AME. Pues si lo estoy, ayúdeme usted. Voy á enviarle á mi madre... A usted le escucha; convénzala usted.

HER. Nc, no. Que me esperan en la oficina.

AME. Es temprano.

HER. Que me cuesta el destino.

AME. Voy á telefonear yo misma al Ministerio diciendo que no le aguarden. (Vase rápidamente por primera derecha.)

HER. Peor que peor. Se va á enterar todo el mundo. ¡Pero á qué abriría yo el paraguas!... Lo menos son las cuatro... y los expedientes muertos de risa... y la colección de sellos que irán á recoger esta tarde, que es lo que más me interesa... porque los expedientes... Nada, que me voy. (Gana, de puntillas, la puerta del foro, dejándose olvidado el paraguas, que al entrar dejó apoyado en la silla que está á la derecha de la puerta del foro.)

ESCENA XII

DON LEÓN, PRUDENCIA, después HERACLIO

LEÓN (Por la primera izquierda.) ¡Ah!

PRUD. (For la primera derecha.) ¡Ah! (Al mismo tiempo que León.)

LEÓN Mi yerno me ha dicho que me esperaba aquí don Heraclio.

PRUD. Mi hija me ha dicho que deseaba hablarme la misma persona. (El brazo de Heraclio aparece por la puerta del foro tratando de coger su paraguas, y tirándole, León y Prudencia se vuelven.)

LEÓN ¿Quién?

HER. (Asomando la cabeza.) Servidor.

PRUD. ¡Ah! usted. Venga usted acá.

LEÓN Mi yerno me ha dicho...

PRUD. Mi hija me ha dicho...

HER. Que tenía que comunicarles una proposición; efectivamente.

PRUD. Usted dirá.

LEÓN Volveré cuando haya terminado la señora.

HER. No; si es á los dos juntos.

LEÓN (A Prudencia.) ¿Usted permite?

PRUD. Si lo desea este caballero... (Toman asiento á los dos costados de la mesa. Heraclio se coloca en el centro, detrás.)

HER. Señores; empiezo por suplicar á ustedes, que, en ésta conferencia, seamos tres buenos amigos. Las palabras mal sonantes, duras, los adjetivos calificativos conque ustedes se obsequian, cuando contienden, causan á sus hijos viva contrariedad y acerbo disgusto. (Aparte.) Me ha salido muy redondo.

LEÓN Confieso que algunas veces, exasperado, he perdido el respeto que merece la señora, y la pido mil perdones.

PRUD. Yo también, dando á mis nervios rienda suelta, he faltado al caballero, y le suplico me dispense.

HER. *Pax vobis*. Echemos un tupido velo sobre lo pasado.

PRUD. Por mí...

LEÓN Por mí...

HER. Y tratemos de evitar para lo futuro que su inocente y cándida hija padezca nuevas torturas. (Aparte.) Estoy inspirado.

PRUD. Tratándose de su felicidad no vacilaré ante ningún sacrificio.

LEÓN Siendo en beneficio de Amelia, firmo en blanco.

HER. (Satisfecho.) Coser y cantar. Pues, bien; aprovechando tan buenas disposiciones, y puesto que tengo prisa, mucha prisa... ¿Qué hora será?

LEÓN (Mirando su reloj.) Las cuatro menos dos.

PRUD. (Mirando el suyo.) Justas.

HER. (Aparte.) Siguen de acuerdo. (Alto.) Voy derecho al asunto. La soledad en que ustedes viven, mutua y separadamente, hace que sus miradas converjan sobre un mismo ob-

jeto: la hija de ambos, y de ahí el inevitable choque. ¿Por qué no se buscan ustedes otra distracción?

PRUD. ¿Qué?

LEÓN ¿Cómo?

HER. Yo creo que con un arreglito.

LEÓN (Con aire de conquistador.) Sí; lo he pensado más de una vez, pero el qué dirán...

PRUD. (Picada.) ¡Ah! lo ha pensado usted. (Con coquetería.) Pues á mí me sobrarían proporciones, (Indignada.) ¡pero soy una mujer honrada! ¡y semejante proposición!...

HER. Si no me han entendido: ¿iba yo á permitirme?... El arreglo indicado es entre ustedes.

PRUD. / LEÓN ¡Entre nosotros!

HER. Sí.

PRUD. (Levantándose.) ¡Qué desatino!

LEÓN (Idem.) ¡Qué barbaridad!

PRUD. ¡Qué mentecato!

LEÓN ¡Qué idiota!

HER. ¡Pero, señores!...

LEÓN ¿Está usted loco?

PRUD. Vea usted á lo que me expone; al desprecio.

LEÓN Señora, dispense usted; este imbécil me ha sacado de quicio.

HER. Pensaba hacerles un favor...

PRUD. ¿Quién le mete á usted en camisa de once varas?

LEÓN ¡Ocúpese de lo suyo!

HER. En cuanto ustedes me dejen.

PRUD. Y no me persiga usted más, que bien se ha cobrado el salvamento.

LEÓN ¡Con creces!

HER. (Aturdido y llevándose las manos á la cabeza.) ¡Uy! ¡Uy! ¡Uy! ¡De remate!

LEÓN (Amenazándole.) Si no mirara...

PRUD. ¡Gorrón!

HER. (Cogiendo su paraguas y saliendo disparado por el foro.) ¡Hasta el Valle de Josafat!

ESCENA XIII

DON LEÓN y PRUDENCIA

LEÓN Supongo, señora, que no creerá usted que yo he inspirado semejante absurdo.
PRUD. Lo mismo digo. En lo único que tiene razón es en que nuestros altercados perjudican á Amelia.
LEÓN Sencillo es el remedio. No venga usted.
PRUD. ¡Y ancha Castilla!
LEÓN Eso prometió usted.
PRUD. Y usted. Pero mi hija no puede vivir sin mí.
LEÓN Y mi yerno sin mí, tampoco.
PRUD. Yo la acompaño cuando se queda sola, que es muy frecuente.
LEÓN El me acompaña á mis círculos, á mis diversiones, á mis giras.
PRUD. ¡Ah! ¿Usted se lo lleva de picos pardos?
LEÓN No he dicho eso.
PRUD. Sí, señor.
LEÓN (Indignado.) ¡No señora!
PRUD. (Idem.) ¡Sí, señor! ¡Pobre hija mía!
LEÓN ¡Enredadora!
PRUD. ¡Corruptor!

ESCENA XIV

DICHOS, AMELIA

AME. (Por la primera derecha.) ¡Otra vez!
LEÓN ¡Tu madre que es capaz de infernar el Limbo!
PRUD. ¡Tu padre está pervirtiendo á tu esposo!
AME. ¡Papá!
LEÓN ¡Mentira!
PRUD. Ha dicho que le acompaña á sus francachelas.
AME. No, papá, no le lleves.
LEÓN ¡Ah! ¿das crédito?... Hemos terminado

AME. Escucha.

LEÓN (A voces.) ¡Federico! ¡Federico! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA XV

AMELIA y PRUDENCIA

AME. ¡No puedo más!

PRUD. Estoy contentísima de haber quitado la careta á tu papaíto. Abre los ojos, simple, y verás que para congraciarse con tu esposo y tenerle de su parte, te lo está maleando.

AME. ¿Crees posible?...

PRUD. ¡Como que se le ha escapado la confesión plena de su trama! Ahora, tú decidirás lo que te conviene; compara entre los dos. (Señalando primera derecha.) Allí espero tu ultimatum. ¡Decide! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XVI

AMELIA y FEDERICO

AME. (Desesperada.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

LEÓN (Al paño.) Decide.

FED. (A don León, saliendo por primera izquierda.) Sí. (A Amelia.) Que sea enhorabuena.

AME. La enhorabuena á ti que juzgabas el proyecto admirable, y á su autor un ser excepcional.

FED. El excepcional no es él; son tus progenitores.

AME. Hay que buscar otra manera.

FED. Ninguna. He llegado al límite, y no aguanto más esta posición desamparada entre dos fuegos. Escoge entre tu marido y las fieras de tus papás.

AME. ¿Mis papás fieras?

FED. Indomables.

AME. ¡Federico!

FED. ¡Amelia!

ESCENA XVII

DICHOS, DOÑA MATILDE, al final MARTINA

MAT. (Por la segunda izquierda.) ¿También vosotros?
AME. Federico no perdona ocasión de zaherirme.
FED. Amelia me pospone á sus padres.
AME. No. Padres y esposo son cariños muy diferentes... Día y noche.
FED. Acuérdate de la Epístola.
MAT. Pero es posible que á los tres meses escasos de matrimonio...
FED. ¿Tres meses?... ¡Tres siglos!
MAT. ¡Oh! esto es más serio de lo que parece... Si continuáis así, preveo un final desastroso.
AME. Sí, tía, sí.
FED. ¡Y tan desastroso! Parricidio triple y suicidio final.
MAT. Dejémonos de tonterías. ¿Os queréis como siempre?
AME. } No, tía, no.
FED. }
MAT. (Remedándolos.) Sí, sobrinos, sí, y en prueba de ello ordeno y mando que os obracéis.
FED. } (Abrazándose.) { Porque no digas.
AME. } { Por obedecer.
MAT. Por lo que sea. Abrazaos tan estrechamente que podáis resistir á toda asechanza que pretenda desuniros. Mirad que os lo dice la experiencia de mis años: el amor es un niño sensible y medroso, el primer regaño le asusta, el segundo le hace huir casi siempre.
AME. (Pensativa.) Es verdad.
FED. Pues si lo reconoces, evítalo.
MAT. Es su único deseo.
AME. (Volviendo á abrazar á Federico.) Soy tuya.
MAT. ¡Albricias! Coronaremos la obra. Ahora mismo tomáis un coche, á la estación del Norte ó Mediodía, la que más os guste, y en el primer tren que salga, la del humo.
FED. ¿Dices que ahora?
MAT. Inmediatamente.

AME. ¿Y el equipaje?
MAT. Con lo puesto. Me avisáis donde paréis, y yo os enviaré los baules.
FED. (Entusiasmado.) ¡Bravo! Tierra de por medio. (Acercándose al foro y llamando.) ¡Martina! El sombrero y el abrigo de la señorita y el mío.
AME. ¿Y los papás?
MAT. No te hace falta verlos. Yo os despediré.
FED. ¡Huyamos! antes que se enteren. (Abrazando á Matilde.) Gracias, tía, gracias.
MAR. (Por el foro con los abrigos y los sombreros.) Aquí están los abrigos y los sombreros.
FED. Andando.
MAR. ¿Se marchan los señoritos?
MAT. Sí. (Amelia se pone sombrero y abrigo.)
MAR. ¿A dónde?
FED. A... dar la vuelta al mundo.
AME. (A doña Matilde.) Dígales usted que les enviaremos postales.
FED. Ilustradas, para que hagan colección. (Amelia besa á Matilde, Federico la abraza. Todo rápido.)
MAT. Vé tranquila.
FED. (Tirando de Amelia.) Hasta la vuelta.
MAT. Buen viaje. (Amelia y Federico vanse foro.)

ESCENA XVIII

MARTINA, DOÑA MATILDE, PRUDENCIA y DON LEÓN

MAT. Avise usted á don León y á doña Prudencia, y ni una palabra del viaje de los señoritos.
MAR. Está bien. (Entra por primera derecha, saliendo en seguida y entrando por primera izquierda.)
MAT. Los he salvado... Unos días más y hubiera sido tarde.
PRUD. (Por primera derecha.) ¿Qué has decidido?
LEÓN (Por primera izquierda) ¿Qué has resuelto?
PRUD. (Al encontrarse con doña Matilde.) ¡Ah!
LEÓN (Idem.) ¡Ah!
MAT. Amelia y Federico me han encargado que les despida de ustedes. Acaban de marcharse á Roma.

PRUD. (Dando un grito.) ¡Sin mí!
LEÓN ¡Sin mí!
MAT. Como ustedes no les consintieron hacer el viaje de novios, se han tomado la revancha.
PRUD. ¿Ha dicho usted que á Roma? Allá me voy.
LEÓN Bien pensado. Les daremos una agradable sorpresa.
MAT. Yo no he dicho á Roma; á Londres.
PRUD. Me es igual.
LEÓN Y á mí.
MAT. El caso es que ni ellos mismos saben donde van. Es inútil que se molesten ustedes en buscarles.
LEÓN ¡Sin despedirse!
PRUD ¡Ingratos!
MAT. Para evitar las emociones.
PRUD. (Dejándose caer en una butaca, anonadada.) En fin, ya no tiene remedio, se acabaron las reyertas, los abogados, los procuradores... Voy á estar como el pez en el agua.
LEÓN ¡Qué aburrimiento!
PRUD. Usted encontrará mil modos de distraerse, pero yo... ¡Comer sola! Yo que estoy siempre desganada... Por eso venía, como hoy, á comer con ellos.
LEÓN Perdone usted; hoy comían con nosotros y después nos íbamos al Circo.
MAT. Pues si á ustedes les parece, comamos los tres juntos, vayamos los tres juntos y *tutti contenti.*
LEÓN Si la señora acepta mi compañía...
PRUD. Faltando Amelia me es usted indiferente.
LEÓN Lo mismo digo.
PRUD. Mi tenacidad en disputársela era porque la consideraba mía, exclusivamente mía, y á usted sin derecho alguno para disfrutar sus caricias.
LEÓN Por idéntica razón la defendía yo también; se te parece, es decir, se le parece á usted tanto, que el privarme de ella suscitaba rencores y engendraba celos.
PRUD Ya todo acabó. Nos la quitaron.
MAT. (Mirándolos y aparte.) Su antagonismo tenía por base un pretexto, ha desaparecido y se

aproximan. (Alto.) Amigos míos, ¿por qué no borran ustedes el pasado y se consagran á consolarse mutuamente de la ausencia de su adorado tormento?

LEÓN (A Prudencia.) ¿Olvidaría usted?

PRUD Si usted olvidaba...

LEÓN ¡Prudencia!

PRUD. ¡León! (Se estrechan las manos.)

LEÓN Nos dedicaremos el uno al otro.

PRUD Hasta que venga el primer nieto.

LEÓN Que será para mí.

PRUD. No; para mí.

LEÓN ¡Será para el abuelo!

PRUD. ¡Será para la abuela!

LEÓN ¡Ni con tenazas me lo quitan!

PRUD. ¡Antes morir que soltarlo!

LEÓN (Amenazador.) ¡Prudencia!

PRUD. (Amenazadora.) ¡León!

MAT. (Interponiéndose.) ¡Alto el fuego! Me consta que lo que nazca será criado en lejanas tierras y no podrá entenderse con nosotros más que por correo... cuando sepa escribir. (Telón.)

TELON

OBRAS DE RICARDO BLASCO

¡*Agua va*! monólogo en prosa.
El último tranvía, (1) pasillo cómico-lírico en verso.
Chocolate y mojicón, (1) sainete en verso.
Pecata minuta, (1) juguete cómico en prosa.
El ratoncito Pérez, juguete cómico en prosa.
Aliquid chupatur, juguete cómico en prosa.
Diabolín, (2) comedia de gran espectáculo en verso y prosa.
¡Te veo, besugo! (1) sainete en verso.
Los sinapismos, juguete cómico en prosa.
Servicio forzoso, juguete cómico en prosa.
¡¡Ladrones!! juguete cómico en prosa.
Isidoro Pérez, juguete cómico en prosa.
La Sonámbula, juguete cómico en prosa.
In artículo mortis, juguete cómico en verso.
Entre dos fuegos, (3) comedia en dos actos y en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Angel del Palacio.
(2) Idem con D. Enrique Segovia Rocaberti.
(3) Idem con D. Emilio Mario.

OBRAS DE EMILIO MARIO

Militares y Paisanos, comedia en cinco actos
El obstáculo, ídem en cuatro actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en tres actos. (1)
Creced y multiplicaos, ídem en tres actos. (1)
El libre cambio, ídem en tres actos.
Los Gansos del Capitolio, ídem en tres actos. (2)
El Director General, ídem en tres actos. (2)
Al mejor cazador, ídem en dos actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en dos actos. (1)
La partida... serrana, ídem en dos actos. (2)
La verdadera tía Javiera, ídem en dos actos. (2)
¡Tocino del cielo! ídem en un acto. (2)
El dinero de San Pedro, ídem en un acto. (2)
De la China, juguete en un acto. (3)
Los besugos, sainete lírico en un acto y seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Saco del Valle. (3)
El tesoro del estómago, caricatura en un acto y tres cuadros, música de Montesinos. (3)
Las Venecianas, ensayo cómico-lírico, en un acto y tres cuadros, música de Abati y García Alvarez. (4)
Un hospital, monólogo en prosa. (3)
«*La Ciclón*» juguete cómico en tres actos.
Febrero loco, comedia en tres actos y en prosa.
Febrero loco, comedia en dos actos y en prosa.
El intérprete, juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
Tres estrellas, humorada lírica en un acto y cuatro escenas, música de Calleja y Lleó. (3)

Las batallas de la vida, pasillo.
La cocinera, comedia en dos actos.
Las gallinas, juguete cómico-lírico, música de Manrique de Lara.
Carambolas de amor, juguete cómico en tres actos. (2)
El abanico, comedia en un acto y en prosa. (2)
La Mulata, zarzuela en tres actos, música de Valverde (hijo), Calleja y Lleó. (3 y 4)
Numa Roumestan, comedia dramática en cinco actos y seis cuadros.
Los tiroleses, comedia en dos actos.
¡¡¡Jettatore...!!! comedia en tres actos y en prosa. (5)
Casos y cosas, juguete cómico en un acto y en verso. (6)
La pesca del millón, comedia en cuatro actos y en prosa.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos y en prosa. (4)
Papá Lebonnard, comedia dramática en cuatro actos y en prosa.
Los ojos negros, boceto de sainete lírico en un acto y en prosa, música de Calleja. (4)
La viuda de Secha, juguete cómico en un acto y en prosa.
Entre dos fuegos, comedia en dos actos y en prosa. (7)

---

(1) En colaboración con Mariano Pina Domínguez.
(2) Idem con Domingo de Santoval
(3) Idem con Joaquín Abati.
(4) Idem con Paso.
(5) Idem con Gregorio de Leferrere.
(6) Idem con Manuel Soriano.
(7) Idem con Ricardo Blasco.

Queda prohibida la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.